

Bibliotecas para estrenar

La evolución de las bibliotecas en los dos últimos siglos ha seguido esencialmente dos polos: las bibliotecas de formas ordenadas, axiales y clásicas del siglo XIX, y las bibliotecas de formas versátiles, orgánicas y adaptadas al medio.

JOSEP MARIA MONTANER

Posiblemente sea difícil recordar el primer museo que se visitó. En cambio, difícilmente uno olvida la primera biblioteca que vio y las que ha consultado, desde las que descubrió en su infancia hasta a las que recurre en investigaciones maduras o en horas de ocio. Hay museos prescindibles, por su contenedor sin interés; por presentar pretendidas obras que no son arte; o por su presuntuosidad. En cambio, unas hileras de libros ordenados en un espacio propio tienen siempre una especial dignidad, emiten un halo estimulante, provocan curiosidad, emanan un aroma especial de saber y entretenimiento, albergan una ancestral voluntad de comunicar, y atesoran un caudal de promesas de fantasías. Las bibliotecas, a pesar de la voluntad y la ideología dominante y de la lógica del fundamentalismo financiero de marginar los libros y la cultura, siguen siendo edificios eminentemente humanos y sociales, reductos donde reviven las semillas de la imaginación y la curiosidad.

Y por esto nos siguen interesando las últimas bibliotecas realizadas, aunque ello no signifique que hacer una buena biblioteca sea fácil y que no puedan existir algunos edificios absurdos y pretenciosos, como la Biblioteca de Francia en París, que por su estricta simetría, rigidez e inadecuación es la excepción que confirma la regla. Tal como escribió W.G. Sebald en su novela *Austerlitz*, ésta es una biblioteca levantada contra los lectores, para infundir inseguridad y humillarlos, excluyéndolos y persuadiéndolos de que no lean.

En los últimos años se han inaugurado obras ya reconocidas y publicadas, como la Biblioteca Pública de Seattle (2000-2004), de Rem Koolhaas y Joshua Ramus, que ha significado una aportación clave para renovar la tipología de biblioteca contemporánea, resolviéndola dentro de la lógica del edificio masa, de la superposición de espacios y de la multiplicación de todo tipo de conexiones; situando los libros en recorridos en rampa. También la ciudad de Bogotá destaca hoy, entre otras características, por su política de bibliotecas públicas, (además de los parques y del transmilenio, su peculiar sistema de transporte público), que están cualificando y enriqueciendo los barrios.

La evolución de las bibliotecas a lo largo de los dos últimos siglos se ha desarrollado siguiendo esencialmente dos polos. Por una parte, las bibliotecas de formas ordenadas, axiales y clásicas, siguiendo la tradición de las bibliotecas públicas del siglo XIX y del paradigma de la biblioteca Pública en Estocolmo (1918-1927) de Erick Gunnar Asplund. Una posición que ha

tenido su momento de excelencia en las obras de Louis Kahn, en las que se consiguió situar este complejo programa dentro de formas simétricas y regulares, cúbicas y jerárquicas. Para ello fue clave repensar el lugar del lector, su escala, el confort, la materialidad y la luz natural.

Y por otra parte, las bibliotecas de formas versátiles, orgánicas y adaptadas al medio que arrancaron con las obras de Alvar Aalto, con sus lucernarios y formas escalonadas y en abanico, pasando por la Biblioteca Estatal en Berlín (1963-1964) de Hans Scharoun, que se desarrolla como un auténtico paisaje interno, con espacios fluidos y concatenados, que se extienden como capas horizontales, con múltiples rincones a escala humana, plataformas como praderas, escalinatas como desfiladeros, lugares de estudio como balcones, lucernarios y lámparas que evocan elementos naturales. Y llegando hasta las obras de Rogelio Salmona en Bogotá, con sus patios, jardines y azoteas transitables. De hecho, cualquier programa de usos incluido en una biblioteca moderna tiene poco que ver con formas simétricas; su diversidad funcional requiere formas versátiles y variadas, de diversas alturas y niveles, para albergar los distintos espacios de una biblioteca, acordes con los diferentes sistemas y soportes de almacenaje de la información y con los diversos tipos de usuarios; y susceptibles de transformaciones.

Entre las últimas grandes obras destaca la nueva British Library de Londres, junto a las estaciones de Easton y King 's Cross, según proyecto de Sir Colin St. John Wilson, que se inició en 1973 y se inauguró en 1997. Este arquitecto británico, culto y elegante, realizó en esta obra una síntesis de la arquitectura del siglo XX: desde Alvar Aalto hasta James Stirling. De volúmenes escalonados, recubierto de ladrillos, el edificio se organiza a partir de amplios espacios públicos al aire libre y entorno a vestíbulos que van dando acceso a las salas de lectura. En el corazón de la biblioteca, un prisma de cristal alberga los libros de más valor, consultables y a la vista de todos los visitantes.

En Barcelona tenemos los delicados juegos artesanales de Josep Llinás, sus grandes cajas para libros y lectores que son fruto de una búsqueda inquieta e insatisfecha que, a pesar de los logros y los premios, sigue anhelando la biblioteca ideal, que sea tan acogedora como un organismo vivo y que tenga para cada lector un rincón adecuado y unas magníficas vistas hacia el entorno. La Biblioteca Vila de Gràcia (2000-2002) tiene una preciosa envolvente, sumamente expresiva en su volumen y en sus aberturas, que intenta expandirse; por su pequeño espacio, que manifiestamente casi estalla, es un laberinto vertical. La Biblioteca dentro del complejo de la manzana de Fort Pienc (2001-2003) forma parte de un conjunto urbano y cívico y es un juego de niveles escalonados en torno a una sala de exposiciones. La Biblioteca Jaume Fuster en la plaza Lesseps (2001-2005), de volúmenes escalonados y en cascada, sugiere unos interiores cavernosos, que acogen al lector, aunque la forma final sea más forzada de lo que parece y no se haya conseguido del todo conjugar el encuentro entre cada una de las fachadas y de las cubiertas. La Biblioteca de Can Ginestar (2001-2003), en Sant Just Desvern, se amolda a la topografía, a una antigua masía y a la vegetación del jardín preexistente.

Y se ha inaugurado el pasado 24 de marzo otra obra maestra del equipo de Enric Miralles y Benedetta Tagliabue, la Biblioteca Pública de Palafrugell (1997-2007), que lleva el nombre de Enric Miralles, promovida por el alcalde Valentí Agustí y su equipo municipal, que ya han logrado joyas de arquitectura contemporánea, como el Palauet (el pabellón de deportes) proyectado por Arata Isozaki. En esta obra del estudio EMBT han tenido una contribución especial los arquitectos Josep Miàs, Josep Ustrell y Makoto Fukuda.

Esta biblioteca de Miralles-Tagliabue es una arquitectura ambiental que se sitúa en el Parc de les Esplanes, semihundida en el límite en que la ciudad se convierte en campos de cultivo, con cubiertas curvas, estructuras en arco que sobresalen, y lucernarios que generan una preciosa luz natural y unas estudiadas vistas desde el interior hacia el exterior. De noche, la biblioteca proyecta hacia el parque su luz misteriosa y cálida.

La biblioteca adopta una forma de confluencia, como si un flujo de agua y tierra, de muros y cubiertas, hubiera calado en la topografía. El edificio tiene la forma abierta de la palma de una mano, y se dispersa como si se hubiera cortado una barra de pan, configurando unos ámbitos de escala doméstica, para que cada persona encuentre su burbuja más adecuada. Es un poco laberíntica, como si fuera una pequeña escuela que impulsa a ir descubriendo los espacios, que potencia las mejores cualidades de cada espacio, para favorecer la diversidad de los estados de lectura. Las formas curvas de las cubiertas nos recuerdan los invernaderos, bodegas y las construcciones agrarias temporales. Las superficies coloreadas en el suelo reflejan la evolución de los trazos del proyecto y rememoran la sombra gigante de las hojas de los árboles.

Seguro que este ejemplo de arquitectura de la energía, orgánica y proteica, va a atraer a lectores de todas las edades y va a facilitar actividades literarias de todo tipo. Porque las buenas bibliotecas son las que invitan a quedarse a leer, las que nos dejan con el deseo de volver, algún día, para seguir descubriendo cada uno de sus tesoros, adentrándonos en su vientre de letras, reviviendo su memoria latente.